

LOS DIALECTOS DE LA VIOLENCIA: EXPERIENCIA ANALÍTICA EN UNA INSTITUCIÓN DE NIÑOS VÍCTIMAS DE MALTRATO

Jackeline Kriz* y Silvia Morici°

A. Presentación y breve reseña con fragmentos de entrevistas, de una experiencia en una ONG (Uruguay, agosto de 2008) Jackeline Kriz

Este trabajo surge por medio de la experiencia de haber realizado una suplencia durante tres meses trabajando en una ONG, la cual mantendré en reserva. Dicha institución alberga niños víctimas de violencia doméstica, que viven allí junto con sus madres, víctimas también en la mayoría de los casos, de maltrato. En esta institución entrevisté a más de veinticuatro niños y adolescentes todos menores de edad, y de clase socioeconómica muy baja, en muchos casos por debajo de la línea de pobreza.

El contexto

El espacio físico en donde viven estos chicos es una casa muy grande, con cuartos separados para niñas por un lado, adolescentes por otro, varones por otro, y mamás con bebés en otro cuarto separado.

La convivencia entre ellos es difícil, y muy a menudo se suscitan problemas entre los niños, los adolescentes en general y las madres, las cuales en la mayoría de los casos son adolescentes también. La forma de resolución de estos conflictos es casi siempre “irse a las manos”, se amenazan, se empujan y luego se agarran entre ellas. En más de una oportunidad tuve que intervenir para ayudar a separar a las madres.

Entre los niños, la situación cambia; cuando no se portan bien, se les llama la atención con amenazas e insultos, por parte de las figuras de autoridad. Estas tres figuras de autoridad son a las que se debe respetar para poder

* Licenciada en Psicología. Psicóloga en el “Hospital de Clínicas”, Departamento de Psiquiatría, Montevideo. Uruguay.

° Psicoanalista. Docente de la Carrera de Especialización de Psicoanálisis con Niños y Adolescentes de UCES (en convenio con APBA).

permanecer allí, la directora por un lado (“la abuela”) y dos secretarias por otro (“las tías”); todos dentro del hogar se dirigen a ellas de esta forma. También cuentan con “educadoras”, quienes están allí todo el día ayudando en tareas básicas de aseo y educación elemental, las cuales velan por el orden dentro de la casa durante la mañana, la tarde y la noche.

Dentro de la casa se les proporciona la alimentación: tienen desayuno, almuerzo, merienda y cena que deben preparar entre las madres turnándose cada día.

Debido a que se intenta que las madres puedan reinsertarse dentro de la sociedad, se ayuda a que cada madre consiga un empleo y que los niños vayan a la escuela o al liceo. En el caso de las madres que trabajan que tienen hijos bebés o en edad preescolar, estos pueden permanecer a cargo de las “cuidadoras” del hogar mientras estas desempeñan sus tareas. Todos dentro de la institución deben colaborar para preservar el orden y la limpieza de la misma. Se los despierta a todos cerca de las 7.30 horas y entonces, luego del aseo personal, se debe comenzar la limpieza y orden del lugar; quedan exceptuados los niños que se van a la escuela o, en caso contrario, deben salir a jugar al patio, sin importar la situación climática, es decir, estos niños deben salir por más que llueva o haga mucho frío, mientras las madres limpian, para no molestar.

Una familia dentro del hogar

Elegí para esta presentación a tres hermanos (en total son seis), que hace casi dos años viven en este hogar (cuando el tiempo máximo para permanecer allí es de un año y medio). Los niños tienen, además, una hermana de quince años que vive con su pareja y su bebé en la casa de la abuela materna. El padre de los niños se encuentra preso por violencia doméstica y drogas.

Cada uno de estos hermanos (si bien todos fueron maltratados) toma una actitud diferente frente a la situación, tanto hacia la vivida anteriormente como a la actual, y han logrado en su mayoría, ser resilientes a una realidad atroz que marca a cada uno de distinta manera, y deja secuelas tan disímiles en cada uno de ellos que fue lo que me motivó a mi presentación.

La hermana mayor

Claudia tiene catorce años, es muy delgada, pelo corto y tiene un *piercing* en el labio inferior. Se presenta siempre a las entrevistas con *shorts* muy cortos y remeras ajustadas que permiten observar un cuerpo adolescente.

Al comienzo, Claudia observa todo dentro del consultorio, me observa a mí, tiene una mirada triste, por momentos como perdida.

Le explico quién soy, lo que vengo a hacer y cómo trabajaremos mientras yo esté ahí; trato de hablar con ella, de establecer un buen vínculo en el que se encuentre tranquila para poder expresarse y decir todo lo que ella quiera.

Intento indagar acerca de sus gustos, sus preferencias, su forma de vida: *“Andar acostada todo el día, es lo que más me gusta hacer”*. Con respecto a su vida cotidiana dentro del hogar, *“Miro ‘Son de fierro’, almorzamos a eso de la una, pero a mí no me gusta mucho comer, siempre fideos o guiso, guiso o fideos”*.

Al comienzo Claudia se limitaba a responder lo que yo le preguntaba sin explayarse en sus respuestas, yo sentía en ese momento que esta actitud podía deberse a los muchos interrogatorios por los cuales ella había tenido que pasar antes de ingresar al hogar, y durante su estadía en el mismo, por lo cual entendía que este encuentro conmigo no le era grato, por lo menos en un comienzo.

“Mi padre me pegaba; porque quería, me pegaba, fumaba pasta base”. “En mi casa yo pasaba todo el día acostada; a mi hermano X, cuando tenía nueve años, le pegaba con un fierro en las manos, a mí me ahorcó dos veces, zafé porque me soltó. No lo quiero ver nunca más”.

El rechazo que esta chica sentía por su padre era muy sincero, lograba expresar esa bronca y odio como ella decía que sentía hacia él, aspecto que yo consideraba positivo que pudiera expresar.

A medida que iban surgiendo las entrevistas, Claudia se iba mostrando cada vez más abierta al diálogo, e inclusive logra en una de las entrevistas enojarse mucho conmigo y lo expresa tanto verbalmente como a través de sus dibujos, me dice: *“Sos una ortiva”*. Quedaban pocos encuentros antes de que yo me fuera y efectivamente ella sentía que yo la estaba traicionando al irme y dejarla, alguien más que la abandonaría.

Le encantaba desafiarme, mentirme, cosa que hacía a menudo y al poco rato me decía: *“Es mentira...”*, y se reía. Creo que fue fundamental en estos encuentros que yo me mantuviera en mi lugar, como alguien que pudiese sostenerse y sostenerla, aunque no fuese más que por un espacio breve de tiempo, ella me provocaba, y considero que fue importante para ella ese sostén; alguien actuaba diferente de su familia y su entorno.

Ella sola pedía para dibujar, fluctuando entre una niña con dibujos infantiles y tomando por momentos las muñecas que yo tenía entre los juegos, y un adulto, expresando sus deseos de enamorarse; escribía los nombres de los chicos que le gustaban y el suyo propio por toda la hoja, intentaba siempre marcar su presencia, yo le devolvía esperándola cada vez que le tocaba venir e intentando respetar sus tiempos.

Con respecto a la sexualidad, si bien decía no haber tenido relaciones sexuales, era una chica que ya había tenido varios acercamientos a distintos chicos a los que llamaba en algunas oportunidades amigos y en otras novio; las autoridades del lugar manifestaban preocupación por un “noviecito” que había tenido de cuarenta años de edad, antes de ingresar al hogar y con el cual a veces se mandaban mensajes de texto por el celular. Si bien el uso del teléfono celular estaba prohibido entre las menores, ellas se las arreglaban para sacárselo a sus madres e intercambiar así mensajes de texto.

Claudia tenía un “noviecito” dentro del hogar (el hermano de su mejor amiga); esto era totalmente oculto ya que no se podía de ninguna manera establecer ningún tipo de relación afectiva entre los varones y las niñas dentro del hogar. Así se les aclaraba a ellos diciéndoles: *“Fuera del hogar agarran a quien quieran, acá adentro no”*, refiriéndose a las relaciones entre los adolescentes que -como tales- se gustaban y se las arreglaban para intercambiar “discos y cartitas” entre ellos en la noche, mientras las educadoras y los mayores dormían, cosa que estaba absolutamente prohibida (si estas “cartitas” llegaban a manos de las educadoras, eran difundidas en la mañana siguiente entre los mayores del hogar).

Era notoria la dificultad para establecer los límites claros dentro del hogar por parte de los mayores, ya que estos chicos de todas formas se las arreglaban para noviar e inclusive para llegar a “besarse” y “tener encuentros más cercanos” entre ellos.

A los varones se les estaba terminantemente prohibido masturbarse, hecho este que había llevado en su momento a que se expulsara a un niño del hogar por ello.

Claudia tenía las necesidades de una adolescente, de relacionarse con los chicos, cosa que hacía de todas formas dentro del hogar. Por otra parte, era muy afectuosa con los niños más pequeños y en muchas oportunidades ayudaba a las madres a bañarlos y a vestirlos, actuando ella misma como una mamá.

Washington

Washington tiene trece años; es el hermano que le sigue a Claudia. Como había entrado su hermana, él me pide para ingresar al consultorio; como otro niño también quería entrar al mismo tiempo, él lo agarra -ya que este era menor- y lo saca arrastrando. En ese momento yo todavía no había llamado a ninguno de los dos.

Washington es un niño de estatura acorde con su edad, con muchas cadenas colgando en el cuello, gorro hacia atrás, aspecto rudo y serio.

Entra al consultorio con algo en la mano, pregunto qué es y dice: *"No sé".* Jugaba con eso, casi no levantaba la mirada. *"Dijeron que nos sacaban en TV, pero no nos sacaron nada"*; estaba desilusionado, ya que habían prometido de INAU ir a filmarlos y estaban todos expectantes de verse en TV. Una frustración más, pensé yo, algo que en la vida de estos chicos se tornaba casi cotidiano.

El primer día que conocí a Washington tuve que ir a buscarlo al patio, se había peleado con un amigo y lo habían amenazado de llamar al INAU, para que se lo lleve en una camioneta, si no hacía caso, las contestaciones de él para con los mayores dentro del hogar siempre eran muy agresivas y desafiantes.

Washington, según su propio relato y el relato de su madre, era el más pegado a su papá, el *"más compinche"*, *"Mi padre, cuando yo era chico, tenía un auto, me sacaba a pasear a mí, a mi hermana no, a mí solo, me mostraron por foto..."* -*"¿Extrañas a tu papá?"* -*"Sí"*, -*"¿Qué hacían cuando estaban juntos?"* -*"Paseábamos"*.

A diferencia de los demás hermanos, Washington sentía la necesidad de volver a ver su padre, de hecho a él -según su madre- *"casi no le pegaba"*. Durante las sucesivas entrevistas, Washington dibuja mucho y busca hacerme participe a mí por medio de sus preguntas como: *"¿Cómo es el color del fuego?"*, *"El color del cielo ¿es claro o fuerte? Claro, ¿no?"*. Asiento con la cabeza, sonrío, él sonrío y sigue: *"Quedó medio 'truchingui' el cielo, ¿no?"*. Estaba siempre alerta de que yo estuviese prestándole atención a lo que dibujaba, estaba atento a mi mirada.

La demanda de atención y de cariño, por parte de Washington y de los demás chicos, era realmente muy notoria y conmovedora.

En una de las entrevistas en las que estoy con Washington, entra de golpe y sin llamar a la puerta una persona responsable del hogar (una “tía”), me mira a mí, mira a Washington, le agarra la cara y me dice: *“Trátamelo bien que es el sobrino más lindo que tengo”*, yo sonrío y asiento con la cabeza. *“¡No! (me dice), que va a ser lindo, es un hijo de puta, pero igual”*, le da un beso en la cabeza y se retira.

Washington hace una pausa y refiriéndose a su dibujo me dice: *“Antes sabía hacer pájaros tijera y todos los pájaros, ahora ya no”*. Antes su vida fue muy distinta -pienso, mal o bien, él conocía a su padre más allá de los golpes, esta vez los golpes son diferentes, inesperados, prevalecía en él, al igual que en los demás chicos, la sensación de alerta, de incertidumbre, de soledad. Esa vez fue difícil culminar la entrevista, Washington no se quería ir.

Manuel

Manuel tiene nueve años, antes de verlo hablo con su mamá, la cual me explica que Manuel se encuentra medicado desde hace ya va varios años (Risperidona, Neuleptil, Trileptal, antes tomaba también Goval), debido a que sufrió *“una crisis de nervios”*, y ha tenido intentos de autoeliminación. *“Su padre lo golpeaba fuertemente, le agarraba la cabeza y se la daba varias veces contra la pared, también le pegaba en las manos”*. Era visible el tema de la medicación en este niño ya que más de una vez se lo encontraba tirado durmiendo en cualquier parte, pasillos, sala de estar, entrada; estaba muy medicado, él me decía: *“Ayer me dieron los remedios y me dormí en el piso”*. En un informe que llegué a ver de su escuela relataba que este niño presentaba conductas peligrosas tanto para sí mismo como para los demás, tuvo varios intentos de autoeliminación. Actualmente se estaba intentando tramitar su pensión por discapacidad, hecho al que la madre se oponía rotundamente, ya que -según sus palabras- le recordaba lo que su propia madre tuvo que hacer con ella cuando niña. La madre de Manuel también presenta cierto grado de discapacidad.

Manuel es un niño muy dulce y cariñoso; generaba en mí sentimientos de protección, quizá porque conmigo había logrado establecer cierta confianza que le permitía expresarse tal cual era, y yo consideraba que él tenía una riqueza, un potencial enorme, y una gran sensación de desconcierto, que me llevaba a pensar mucho cómo poder ayudarlo, pensaba que en esta -como en otras tantas veces- no sería fácil luchar contra un diagnóstico y tanta medicación, que primaban en la vida de este niño.

Al comienzo, no era fácil trabajar con él, jugábamos y, siempre que yo ganaba a algún juego, él decidía abandonarlo, era muy impulsivo, tenía muy

poca tolerancia a la frustración y, además, era un niño muy inquieto. Más de una vez quería subirse al escritorio, acercarse mucho al balcón de la ventana del consultorio, del cual tuve que bajarlo en brazos varias veces, efectivamente no medía el riesgo de sus propios actos, esta probablemente fuera la causa que indujo a los psiquiatras a medicarlo mucho.

Abría más de un juego a la vez y no lograba culminar ninguno, nunca se quedaba quieto, hacía varias preguntas a la vez, su concentración era muy poca y dispersa.

No lograba escribir bien, apenas escribía su nombre en la hoja como un niño que recién empieza a hacerlo, sabía leer con mucha dificultad y palabras muy sencillas. Con respecto a su desarrollo verbal, se expresaba correctamente.

Eran visibles sus ganas de ser ayudado y escuchado, así como su necesidad de afecto; se me colgaba del brazo para entrar él primero al consultorio, me traía “escarabajos” de regalo y gritaba: “*Vino la psicóloga*”, cada vez que yo llegaba.

Yo tenía que explicarle que todos debían pasar y que ya le iba a tocar a él también; cuando esto sucedía, esperaba su turno atrás de la puerta, atento de que nadie entrase primero.

En una de las entrevistas, Manuel me pide que tache su nombre que había escrito en la hoja, pregunto por qué y me repite imperiosamente: “*Táchalo, táchalo, táchalo*”. Siempre se notaba en él la necesidad de borrar algo, de sacar algo que él mismo no podía manejar; cuando realizaba sus dibujos, siempre los borraba, rompía la hoja o simplemente se iba sin terminar, dejándolos tirados. Considero bueno destacar que Manuel había generado la capacidad de espera, cosa que yo destacaba como muy valioso en un niño tan inquieto.

Cuando intento indagar acerca de su familia, me dice: “*Mi familia son mi mamá y mis hermanos*”, “*papá no tengo*”.

Manuel me formulaba muchas preguntas, en varias oportunidades me preguntaba si tenía hijos, cuando yo preguntaba por qué, me respondía: “*Así los traías y podíamos jugar*”. Preguntaba dónde había comprado los juegos, quería todo lo que yo tenía o usaba, tanto las lapiceras como mis hojas, etc. Siempre me preguntaba qué escribía yo en el cuaderno y siempre le volvía a explicar que yo escribía porque todo lo que él me decía para mí

era importante y no quería olvidarme de nada, pero que podía quedarse tranquilo que era como un secretito entre los dos, ese espacio era de él y todo lo que decía iba a ser bien cuidado.

Una de las entrevistas Manuel entra con un amiguito en brazos, un niño de dos años, y me dice: *"Andaba con el Nacho así que lo traje, lo andaba cuidando"* (Manuel era un niño muy afectuoso con los más chicos dentro de la casa). Agarra el muñeco y dice: *"Pa, se le ve todo"*, intenta sacarle toda la ropa, juega con el muñeco intenta sacarle la cabeza. Le dice a Nacho: *"¿Te gusta tanto?"* y sonríe como si fuese un adulto, se muestra cariñoso con él. Percibo que Manuel tiene muchas ganas de romper el muñeco, pero me mira, aparentemente demuestra cierto respeto hacia mí y no lo hace.

Percibo que Manuel todo el tiempo intenta demostrarme las cosas que puede hacer, las cosas que va logrando, se mostraba muy afectuoso conmigo y en varias oportunidades traía los remedios para que yo viera cómo los tomaba solo, esperaba la consulta para tomarlos.

En una de las entrevistas Manuel toma todas las crayolas de la caja y comienza a romperlas, lo observo pero no le llamo la atención, él me mira y deja de hacerlo. A la entrevista siguiente me dice: *"Mirá ¡están todas las crayolas rotas!, ¿quién las rompió?"*, intentaba constantemente probar mi capacidad para recordar lo que él había hecho, le resultaba extraño que, al reencontrarnos, yo recordase lo que él había hecho en entrevistas anteriores, y me pedía ver sus dibujos para comprobar si yo los tenía. Esta ansiedad desaparecía luego de que le explicaba que yo conservaba muy bien sus dibujos.

Manuel era sensible a la palabra y sobre todo al tacto, lo tranquilizaba que yo lo trajera de la mano o lo bajara en brazos cuando se subía a la mesa (medida que debía tomar cuando el niño no reaccionaba y corría peligro). Lo tranquilizaba que lo llevase de nuevo a su lugar en el consultorio, visiblemente el contacto con este niño disminuía su ansiedad.

Conclusión

Para culminar con este trabajo, quisiera transmitir que estos niños, al igual que sus madres, están en su mayoría amenazados de muerte, por sus ex parejas y/o padres de los niños, por lo que el miedo es algo latente en cada uno de ellos, a la hora de salir a la escuela, al liceo o a hacer algún mandado las madres.

Si bien, como pudimos observar por medio de esta breve presentación, es difícil dilucidar dónde estos niños están más lejos de ser maltratados, muchos de

ellos dentro del hogar lograban sentirse “más protegidos”, ya que nadie sin autorización tenía acceso al hogar, por lo que dentro del mismo se sentían por momentos “más tranquilos” aunque el estado de alerta era parte de su vida cotidiana.

Por otra parte, en muchos de los casos, las madres eran también muy violentas reaccionando muchas veces con “golpes y patadas” hacia sus hijos cuando los niños -sobre todo los más chicos- no hacían caso o no paraban de llorar.

Muchos de estos niños, ya desde los cuatro años de edad, se manejaban prácticamente solos, aprendiendo a cruzar la calle, a vestirse, a cuidar de sus hermanos bebés, y a saber cómo comportarse frente a sus madres, para tratar de irritarlas lo menos posible.

La institución, por su parte, se veía muchas veces desbordada debido al creciente ingreso de madres que se veían en esta situación.

La instauración de límites para con los chicos dentro del hogar era desorganizada y pretendía hacerse por medio de la amenaza y la prohibición exagerada, lo cual fomentaba el caos y la no aceptación por parte de los mismos, motivándolos muchas veces a rebelarse ante las autoridades.

Para terminar, esta experiencia ha sido sumamente enriquecedora y conmovedora, impulsándome de esta manera a pensar y a reflexionar acerca de la violencia doméstica, cuando esta ya es parte de una conformación familiar y de un estilo de vida. Concluyendo, dentro de la precariedad del estado en que viven estas madres y niños, ¿podemos considerar esta una solución válida para la violencia? ¿Qué más podríamos o deberíamos incluir?...

B. Comentarios respecto de “Presentación y breve reseña con fragmentos de entrevistas, de una experiencia en una ONG”

Silvia Morici

Este trabajo, que relata la experiencia de una psicoanalista en una institución de niños víctimas de maltrato familiar, nos permite reflexionar acerca de:

1. Las características de Instituciones que se ocupan de niños y jóvenes víctimas de violencia familiar.
2. Las características de estos niños y jóvenes, y
3. El aporte del psicoanálisis, que debe ampliar su paradigma, para comprender y asistir a lo social.

1. La institución

En cuanto al punto 1, Jackeline comparte con nosotros su observación espontánea y aguda, sobre la modalidad de funcionamiento de la ONG, en la cual realiza su pasantía:

La población:

- Niños, niñas, adolescentes, adolescentes madres con sus bebés, todos **menores** de edad, víctimas de violencia familiar, y **por debajo de la línea de pobreza**.

Funcionamiento:

- Son separados por sexo y las madres con sus bebés aparte.
- Las figuras de autoridad (tías y educadoras) **velan por el orden**:
 - Resolver los problemas de convivencia que se suscitan entre las madres adolescentes.
 - Mantener limpio el lugar.
 - Organizar y preparar la comida.
 - Procurar trabajo y educación a niños y adolescentes.
- Recursos que utilizan:
 - Llamar la atención a partir de amenazas e insultos.
 - Mandar a los niños a la intemperie mientras las madres **limpian, para que no molesten**.
 - **Prohibiciones: se les prohíbe establecer relaciones afectivas** (expresiones afectivas como darse un beso, mandarse cartitas, tocarse, etc.).
 - **Se les prohíbe la masturbación a los varones**.

Es decir que es una institución que cubre las necesidades básicas de niños carenciados y maltratados, otorgándoles un espacio físico adecuado, alimentándolos, procurando su escolaridad, e intentando mantener un orden en una población familiarizada con la violencia y la carencia. Para mantenerlo acuden a formas represivas, y de violencia secundaria, como la desconsideración, las amenazas, los insultos y prohibiciones excesivas.

En este punto, me gustaría hacer un breve pasaje histórico en relación con el nacimiento de las instituciones que “cuidan niños carenciados”, en la República Argentina.

En su libro *Políticas y niñez*, Eva Giberti realiza un rastreo minucioso acerca del tema de la historia de la infancia en la República Argentina, en relación con las políticas de Estado sobre la misma. Allí cita las conclusiones de una

investigadora argentina, Sandra Carli, quien destaca lo siguiente: “La niñez y la infancia fueron históricamente objetos construidos política, social, cultural y educativamente, indicativos del pensamiento hegemónico de la época”.

Describe cómo “en la etapa fundacional de la educación argentina, se configuró un dispositivo de la instrucción pública que desarrolló una concepción moderna de la infancia desplegada por Sarmiento (1862): esa concepción sobreimpresionó los discursos educativos posteriores; también fue portadora de una política cultural generacional (ideal de familia burguesa, escuelas públicas y escuelas de artes y oficios, asilos, cunas públicas, etc.) que configuró la institucionalización moderna de los chicos. **El modelo que quedó establecido es el de un niño subordinado a sus padres y a los docentes, sin derechos propios.**

Pero hubo otros niños al margen del discurso sarmientino (1890-1930) y hacerlos visibles estuvo a cargo de mujeres, particularmente, anarquistas, socialistas y liberales demócratas, quienes tradujeron las condiciones de vida del niño trabajador, del huérfano, del vagabundo, del desertor escolar, a partir de lo cual se gestaron alternativas que posibilitaron su atención.

Entre 1919 y 1930 (nacimiento de la democracia: Yrigoyen, Alvear, Yrigoyen, Uriburu), las modificaciones del Estado se articulan con la historia de la infancia a partir de la modernización pedagógica escolar y de la institucionalización estatal de la niñez no escolarizada: **Apareció el discurso de la minoridad y la delegación de la institucionalización del menor.**

Los niños fueron evaluados según su condición social y su origen, advirtiéndose una crisis de la matriz de la infancia (aumento de deserción social y miseria social infantil).

Otro autor, E. Ciafardo, en su libro *Los niños en la Ciudad de Buenos Aires*, señala que entre 1890 y 1910:

“Los chicos de la Ciudad de Buenos Aires se constituyeron no solo en una parte diferenciada del todo social, sino que, inmersos en un clima general de transformación y modernización capitalista, los niños comenzaron a diferenciarse de los adultos y entre sí.

Se constituyeron tres grandes grupos: los pobres, los de los sectores medios, y los chicos de la elite, y se generaron distintas políticas para cada uno de ellos: la persecución, detención e internación cuando se trata de los chicos vagabundos, o transgresores y de

niñas que se prostituyen y otras políticas para los chicos de clases media y alta”.

Este pasaje permite comprender la modalidad de las instituciones actuales, que -si bien intentan ofrecer al niño carente un marco de seguridad y reparación- no pueden evitar seguir inmersas en una modalidad represiva y coercitiva, con un concepto de infancia carente equivalente a peligrosa y que debe ser rectificadora. Se confunde reparación con rectificación, al vivir al niño carente como un otro peligroso, ajeno.

En cuanto a la vigencia de formas represivas de la sexualidad, señaladas por Jackeline en esta ONG, Ciafardo destaca una cita que consta en un informe del Cuerpo Médico escolar, publicado en *El Monitor de la Educación Común*, en 1906: *“El beso se practica con abusiva frecuencia, ya entre niños -lo que es peligroso-, ya entre estos y sus maestros, lo que es más peligroso aun... Si bien no tenemos casos concretos que citar, no dudamos que pueden anotarse algunos y que el beso dado a una compañera, sea el latigazo dado a un sentimiento anormal adormecido”.*

Es decir que, efectivamente, en lo que al concepto de infancia se refiere, cien años no son nada, como nos cantaría Gardel.

El concepto de infancia, es un concepto inventado por el adulto, en base a la idealización de la misma, al cual le adjudicamos los atributos de pureza e ingenuidad, como atributos fundantes de esa niñez que a su vez incluye la idea de una obediencia irrestricta hacia el adulto.

Es así como los niños, que se alejan de esta definición, por ser criaturas golpeadas, explotadas o sometidas a toda clase de abusos, pasan a ser invisibilizados por el Estado. Dejan de ser un *infantil sujeto*, para pasar a adquirir la categoría de *menores* inhibidos en sus derechos.

2. Los niños, víctimas de violencia familiar

Los adolescentes

La hermana mayor: Claudia de catorce años. El que le sigue: Washington de trece años

Estos jóvenes adolescentes pertenecen a una familia violenta, con un padre que ejerció distintos grados de maltrato sobre ellos.

Claudia, *la de la mirada triste*, pareciera haber sido una de las hermanas más castigada por su padre. Se presenta triste y perdida. Padece astenia e inapetencia. No parece encontrarle un sentido a la vida.

Sin embargo, muestra interés por contar su realidad y logra comunicar al otro su rabia y enojo, dirigido tanto al artífice del maltrato original, su padre, como al sistema que la vuelve a traicionar.

Esta capacidad de demostrar enojo, le permite salir del desgano y el sinsentido, al encontrar un interlocutor (Jackeline) que le reconoce, con su escucha comprometida, la validez de su reclamo. Utiliza el *bardo* como modalidad de expresión de su enojo y rencor. Gracias a esta capacidad de demostrar su enojo y vengarse con otro inocente (el terapeuta), es que puede salir de su letargo y mostrar una actitud de esperanza: ansía enamorarse y cree que eso es posible. Adquiere capacidad para dar y no solo para demandar, aun siendo consciente de las fallas del sistema, de las injusticias e inequidades y abandonos. Siente empatía hacia los niños chiquitos, con los que comparte una historia de vida semejante.

¿Qué es el “*bardo*”? es un recurso comunicacional que utilizan con el adulto. Consiste en burlarse de este, de desconcertarlo, de invertir la asimetría y poner al adulto en el lugar del que es “gastado” por el otro.

El adulto queda puesto en un lugar de desconcierto y hace el ridículo, ya que es puesto en el lugar del que no se da cuenta de nada. El joven domina la escena, tiene en poder al adulto, que está indefenso frente al engaño del joven. Es como si el joven le dijera al adulto: “Vos no entendés nada. Vos estás en el lugar de la ignorancia, en mi mundo, gobierno yo”.

De esta manera, Claudia le hace sentir a la terapeuta su propia sensación de indefensión y de estar expuesta a las reglas del adulto. Es un recurso psicopático maniaco, donde es el otro el que “no entiende nada” y queda sorprendido y perplejo. El terapeuta comienza a sentir un creciente sentimiento de culpa “social”, al saber que nuevamente abandonará a ese niño. Se siente revictimizándolo, a partir del reproche manifiesto de la joven: “Me traicionás”.

Este es un punto polémico.

Si bien el sistema asistencialista tiene grandes fallas, con una circulación permanente de gente que quiere ayudar, pero que indefectiblemente lo hará por un lapso limitado en el tiempo, la queja pareciera aludir más a una “traición social” que a una demanda singular al terapeuta en cuestión. Podemos coincidir con el joven que las inequidades sociales hacen que nazcan niños, que más que niños son víctimas de la indiferencia (como lo expresamos más arriba) social, pero sostener esta queja sería efectivamente sostenerles una

posición de víctima estructural, que los ancla en una historia intensamente condicionante.

Washington, *el rudo*, quien dice no haber sido el foco del odio paterno, pareciera estar más cerca de la repetición violenta que su hermana. Se muestra demandante y cercano a la violencia. Realiza conmovedores intentos por rescatar una imagen del padre más cercana a lo amoroso que al odio, con el riesgo de una mayor identificación.

El riesgo de la repetición, de hacer activo lo vivido pasivamente, es una vicisitud con la que estos niños conviven. Probablemente no haya dolor psíquico mayor que la conciencia del desamor o el odio de las figuras parentales. Es por esto que los niños víctimas de esta experiencia sienten la necesidad defensivamente de que sea el "otro" el odiado, el que recibe la hostilidad.

A pesar de esta marca en el origen, de un dolor intenso, a la analista le llama la atención la capacidad resiliente de estos niños.

No es un término con el que me muevo cómoda, pero es marcada la actitud explícitamente demandante que Washington mantiene, lo cual alude a una actitud también de esperanza, a que este medio ambiente le puede responder adecuadamente. Washington parece estar más cerca de lo que Winnicott describió como tendencia antisocial, donde la actitud agresiva es una molestia dirigida al medio ambiente que le debe, por lo menos una explicación acerca de la desposesión de amor a la que fue expuesto.

3. El aporte del psicoanálisis en la temática de la violencia social: el niño. Manuel de nueve años

Manuel, el medicado

¿Por qué dejé a Manuel, el más castigado de sus hermanos, el blanco de mayor odio y sadismo del padre golpeador, para incluir el paradigma psicoanalítico?

Porque es un niño, que representa a su vez el paradigma del sufrimiento psíquico a partir del atravesamiento de un trauma original, que lo acompañó durante el penoso proceso de devenir sujeto: "su padre lo golpeaba fuertemente, le agarraba la cabeza se la daba varias veces contra la pared, también le pegaba en las manos".

Y como no podía ser de otra manera, este niño -de nueve años de edad- es el más enfermo de sus hermanos, porque ha sido enfermado precozmente

por un ambiente traumático. Y también, como no podía ser de ninguna otra forma, este niño, tiene “crisis de nervios” y atenta contra sí mismo y contra el mundo que lo rodea. Evidentemente este niño sí ha perdido la esperanza, y porta una *gran sensación de **desconcierto (descomposición, desarreglo, desorden de las partes de un todo)***.

Así lo describe aguda y sensiblemente su terapeuta: *desconcertado* (desbaratado, de mala conducta, sin gobierno).

Cómo podría ser de otra manera, si el armado de su aparato psíquico fue dislocado, turbado, pervertido por la subversión de la función paterna (*desconcertar*: pervertir, turbar, deshacer el orden, concierto y composición de algo. Dislocar (sacar de su lugar los huesos del cuerpo). Sorprender, suspender el ánimo: en el lugar del amor sobrevino el odio, en el lugar del cuidado, el descuido, el golpe, el maltrato.

Evidentemente, si el crecimiento de un niño deviene en un orden inverso al que facilita dicho crecimiento, tendremos un niño con desórdenes varios, mala conducta., con crisis de nervios (¡qué menos!), atentados contra sí mismo (ya que no tiene sentido una existencia que fue a atacada por sus objetos de amor), y goce en provocar la infelicidad de otro.

Sin embargo, a pesar de la evidencia de su sufrimiento psíquico, y de que ha sido enfermado por el desorden al que fue sometido, este niño es visto como un niño enfermo que debe ser medicado. Es decir, es considerado un niño para la psiquiatría, un niño que debe ser sedado y no un niño que tiene que ser sostenido.

En mi opinión, la utilización de la medicación, y excesiva como en este caso (Risperidona, Neuleptil, Trileptal, Goval), es una práctica represiva que debería ser considerada ilegal.

Nadie duda de la necesidad de la medicación en niños enfermos que padecen algún estado desintegrativo, con la consecuente excitación psicomotriz que este conlleva. Pero en niños enfermados por la subversión del orden necesario para devenir sujeto sano, la respuesta -sigo creyendo- debería ser una rectificación del medio ambiente y no una ratificación del maltrato original.

Y el psicoanálisis sigue siendo, en mi opinión, el sistema de comprensión mas profundo para acceder y mitigar el sufrimiento infantil. Por lo tanto, deberíamos ser más firmes en el momento de diagnosticar a un niño, y

poder sostener la cura por la palabra, por el sostén, por la contención, por la respuesta rectificadora, en los casos en que consideremos que se trata de niños enfermos por el déficit de estructuración que conllevan la falla o la perversión de las figuras de sostén. Y dejar, para los niños que consideremos enfermos, con evidencias de déficit químico o metabólico, la psicofarmacología.

Para concluir: tristeza, rudeza, enfermedad, todas figuras del desconcierto, y destinos posibles de y en la infancia maltratada y abusada. Destinos que nos interrogan a los adultos, que no podemos responsablemente ni evitarlos, ni hacerlos invisibles, ya que es a nosotros a quienes se dirigen sus miradas desconcertadas. Nosotros no podemos desviar esa mirada y volverlos inexistentes.

Como se lo pregunta Jackeline al final de su descripción: *¿Qué más podríamos hacer o deberíamos incluir?*

Indudablemente, vuelve a nombrar el significante clave en esta cuestión: se trata de *inclusiones*. De incluir las realidades de otras infancias. De incluir nuestras falencias y limitaciones como adultos responsables de la infancia de nuestra época, pero ampliando nuestras intenciones. De incluir nuestras competencias e incumbencias, tanto como la denuncia y la intervención activa y comprensiva.

Y quizá, generar pequeñas, grandes inclusiones, en aquellos niños con los que nos animemos a intervenir, como lo demuestra la pequeña gran experiencia de una psicoanalista como Jackeline, en una institución con infantiles sujetos excluidos, caídos por debajo de la línea del horizonte de nuestras miradas esquivas.

Primera versión: 08/06/09

Aprobado: 19/09/09

Bibliografía

Giberti, Eva (Comp.). (1997). *Políticas y niñez*. Buenos Aires: Losada,

Winnicott, D. (1990). *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires: Paidós.

Pelento, Marilú. *Actas del "Grupo de palabra" de 2005 a 2008*. Sin editar.

Resumen

Se describe una experiencia de intervención analítica en una ONG, dedicada a la contención de niños, niñas y madres adolescentes, víctimas de maltrato infantil, en la ciudad de Montevideo, Uruguay. A partir del análisis de esta experiencia, se destacan los modos de funcionamiento de las instituciones que se dedican a niños víctimas de maltrato, puntuando tanto los aciertos como la propensión de estas instituciones a repicar el maltrato original ejercido por los padres, a partir de prácticas institucionales abusivas y represivas, reviolentizando al niño maltratado. A su vez, el acceso a las historias de algunos de los niños internados en la institución descrita permite asomarnos a los efectos devastadores que ejerce en el psiquismo infantil, cuando los naturales cuidadores del bienestar del hijo ejercen violencia, en lugar de protección y cuidado. Y asistimos, en los profesionales que se ocupan del cuidado de la salud mental de estos niños, la misma tendencia que las instituciones a cargo de ejercer prácticas, supuestamente terapéuticas, como la hipermedicación, que son solo formas veladas de violencia hacia la infancia indefensa.

Palabras clave: maltrato infantil; abuso de poder; reviolentización del niño víctima de abuso.

Summary

The article describes an experience of analytical intervention in a NGO, which takes care of mistreated children and teenage mothers in Montevideo, Uruguay. Based on the experience's analysis, all the aspects of the work of the institutions of the same kind work are highlighted: their good decisions as well as their tendency to double the original abuse made by the parents by applying abusive and repressive institutional measures, which contribute to the child's state of violence. At the same time, the stories told by the children allows us to see the devastating effects that the abuse causes in the child's mental health, when it comes from those who should be the natural protectors of his welfare. And we also get to see that the professionals that take care of these children have the same tendency as the institutions they belong to, of imposing treatment, that are supposedly therapeutic (such as the over-prescription of medications) which are, actually concealed forms of violence against the defenseless childhood.

Key words: mistreated children; abuse of power.

Résumé

On décrit une expérience d'intervention analytique dans une ONG, située en Montevideo, Uruguay, dédiée à soutenir des enfants et mères adolescents qui ont été victimes d'abus sexuel. À partir de l'analyse de cette expérience, on fait remarquer les moyens de fonctionnement des institutions qui s'occupent des enfants victimes des abus: même s'ils ont des aspects positifs, ils ont aussi une certaine propension à redoubler les mauvais traitements originaux exercés par les parents, en faisant des pratiques institutionnelles abusives et répressives qui font que l'enfant soit plus violent. En même temps, les histoires racontées par les enfants internés dans l'institution nous permettent d'entrevoir les effets dévastateurs qui a, dans le psychisme de l'enfant, la violence effectuée sur eux par ceux qui devraient être les protecteurs naturels de leur bien-être. Et on voit aussi, que les professionnels qui s'occupent de la santé mentale de ces enfants ont la même tendance que les institutions dont ils appartiennent, de faire des traitements qui veulent être thérapeutiques, comme les prescriptions excessives, qui sont, en fait, des formes cachées de violence contre les enfants sans défense.

Mots clés: des mauvais traitements contre les enfants; abus de pouvoir; violentisation de l'enfant victime d'abus.

Jackeline Kriz
Tiburcio Gómez 1336/102,
(11300) Montevideo, Uruguay
Tel.: 622 54 30 099 12 08 15
jackelinek@gmail.com

Silvia Morici
Arenales 3404 Piso 10° "47"
(1425) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4825-2025
smorici@fibertel.com.ar